

Acabábamos de asistir á una ceremonia solemne en un templo público; era preciso ver el culto doméstico ejerciéndose en el secreto de cada familia. Los *Lararium* y los *Sacarium*, visitados la víspera, estaban presentes á nuestra imaginación; hoy nada más fácil que contemplarlos tales como estaban hace diez y ocho siglos á ciertas horas de la mañana y de la tarde, al tiempo en que toda la familia se reunía en ellos. Los pequeños altares de los dioses lares incrustados de plata, los dioses mismos de bronce, de mármol, trabajados con delicadeza; las estufillas elegantes, las jarras, las copas, hasta la ceniza y los restos de las ofrendas, existen todavía sobre los altares en el mismo estado en que fueron sepultados por la erupción del Vesubio; todas estas cosas que veis con vuestros ojos y que tocáis con vuestras manos, os hacen estar presentes á las ceremonias del culto doméstico.

Si se agrega á esto los emblemas religiosos, los amuletos colocados sobre la puerta de las casas para preservarlas de las influencias de los géneos malévolos, las cipas ¹ de los patios, de los forum, de las fuentes, en una palabra, aquella multitud de objetos religiosos dispuestos á cada paso en las casas y en las calles, se encuentra uno en pleno paganismo; y se ve al pobre idólatra, ya con la copa de las libaciones en la mano, ya con la pátera cargada de flores, de frutas, de pasteles, incesantemente prosternado delante de los dioses sucesivamente crueles, repugnantes, ridículos y casi siempre infames.

II. *Vida pública.*—En los forum y en las basílicas no faltaban ayer más que paseantes, jueces y negociantes; en los teatros, actores y espectadores; en el anfiteatro, gladiadores; en las termas, bañadores;

¹ Columna ó piedra cuadrangular con inscripciones.

en los lavatorios, lavanderas; en las tiendas, marchantes; hoy vamos á ver estos diferentes personajes con su traje ordinario ó de circunstancias; todos habitan el museo Borbon. Lo que llamó desde luego nuestras miradas fué aquel pueblo de estatuas, vivas imágenes de los hombres y de las mujeres que habían recorrido como nosotros las calles de Pompeya, que habían llenado aquella ciudad con el ruido de sus nombres, ó que por su nacimiento, su dignidad ó su importancia histórica, habían sido admitidas en ellas al derecho de ciudadanía.

Unos están á caballo, otros á pié, todos con el traje del tiempo, llenando algun deber público ó entregándose á las ocupaciones ordinarias de la vida. Márco-Nónio-Balbo, el jóven, y Márco-Nónio Balbo, el anciano, residen en las representaciones teatrales de Herculano. Periandro, Licurgo, Ciceron, Públicola, Demóstenes, Eurípedes, Sófoles, Herodoto, escriben, hablan, mandan. Hé aquí en el forum algunos Pompeyanos que restauran sus fuerzas bebiendo líquidos entónces usuales; otros están ocupados en leer los carteles y en mirar dos hermosas estatuas ecuestres. Hé aquí uno que compra nuevas sandalias, jarras nuevas, y por economía, utensilios viejos; aquel come tortas, éste carne. Hé ahí un mercader de *vestidos con galones* que lleva todo su almacén á sus espaldas; delante de él está el comprador. A dos pasos, algunos muchachos y muchachas van alegremente á la escuela, y un jóven artista copia una estatua ecuestre que se apoya en su pedestal. Voltead á la derecha y sois felizmente testigo de una buena acción. Algunas damas dan limosna á un pobre ciego conducido por un perro. ¿Quién sabe? ellas pueden ser tal vez cristianas. Otras mujeres acuden ante la multitud á comprar y vender, mientras que las vecinas, según la antigua cos-

tumbre, charlan con las comadres del cuartel.

Entremos ahora al teatro. Las sillas curules, los *bisellium*, ¹ las contrasenas, que aquellos hombres tenían para sentarse hace diez y ocho siglos, en aquellas mismas graderías que habíamos ocupado la víspera, están allí expuestos á vuestras miradas entre los pequeños broncees. Los rostros de las máquinas empleadas para tender el velo del teatro de Pompeya se encuentran todavía en su lugar. En cuanto al velo mismo, que no podía resistir á la acción del tiempo, está conservado en el fresco representando el *Sirapium* ó velo entero de modo que admira á los más grandes conocedores en antigüedades y bellas artes.

¿Deseáis conocer las diferentes profesiones y manejar las armas ofensivas y defensivas, los útiles, los instrumentos, los escritorios, los pesos y las balanzas de aquellos hombres muertos hace tantos siglos, tan diferentes de nosotros en costumbres, lenguaje, religion, y creemos tal vez, en los usos ordinarios de la vida? basta abrir los ojos y extender las manos. ¿Cuál era el uniforme de las numerosas tropas de gladiadores que vendían su vida para divertir al pueblo? ¿cuál era la armadura de aquellos soldados romanos que hicieron la conquista del mundo? mirad, tocad sus lanzas, sus espadas, sus puñales, sus escudos, sus cascos, sus espuelas; las bridas de los caballos están allí, así como las cadenas con que se sujetaban los piés á los legionarios indisciplinados. En aquella que veis suspendida bajo haces de armas, estaban sujetos cinco soldados cuyos esqueletos fueron hallados en la prisión militar.

Señores miembros de nuestras academias y de nuestros institutos, ¡oh sabios

¹ Ya se ha dicho que es un asiento para una sola persona, en el cual podían caber tres.

del siglo diez y nueve! ¿teneis curiosidad de conocer á vuestros predecesores y de verles trabajar en su gabinete? Entrad; hé aquí uno que compone; tiene en una mano su estilo y en la otra la tablilla untada de cera; su frente está arrugada; es que trabaja en algun noble pensamiento. Su vecino recorre un papyrus; hay mujeres sábias que están en la misma actitud; plumas, tintero, tinta, papel de diferentes clases, y sobre ese papel frases y raspaduras; todo está allí á vuestra vista y podeis, con permiso del cicerone, tomar todo en vuestras manos. ¿Pedís algo más? ¡Ay! tengo que enseñaros en ese mismo papel la polilla impertinente que atentó á las obras del géneo; pero en castigo de su crimen está carbonizada como el mismo papel. ¿Acaso os envaneceríais de ver una biblioteca del siglo de Augusto? Hé aquí las armazones, incrustaciones de madera, de plata, de bronce, que podeis recomendar á los ebanistas de Paris.

Adios la ciencia, salud al comercio. ¿Quereis comprar lámparas, y sobre todo lámparas de dos brazos? Hé aquí la muestra del mercader: es una cabeza de buey que tiene una lámpara de dos picos, y de una proporción desmesurada, como el guante, el sombrero, la bota roja que sirven de muestra á nuestros guanteros, á nuestros sombreros, á nuestros zapateros del siglo diez y nueve. Se encuentran en el almacén lámparas, candelabros de tierra y de bronce de todas formas, de todos tamaños, barnizados y no barnizados. ¿Necesitáis lámparas de pié, lámparas sin pié, lámparas adornadas con bajos relieves? hay donde escoger; hé aquí una que conserva todavía su mecha. Dos cosas os admirarán: la perfección del trabajo y la semejanza que las lámparas de aquel tiempo tienen con las nuestras. ¿Quereis linternas? es difícil encontrar otras más elegantes y más sólidas que las de Pompeya. Unas tie-

nen por mango un bonito tigre; otras tienen paredes de talco, especie de piedra trasparente, ó de cuerno, con el fin de apagar un poco la luz y resistir el choque.

¿Buscáis aceite ó vino añejo? entrad á un *Thermopolum*. Las ánforas, las jarras están llenas; y si teméis que el comerciante os engañe, verificad sus pesos, sus medidas, sus balanzas; todo está allí. El sestario y el triángulo para demostrar el nivel de los líquidos, se parecen perfectamente á los que hoy usan los napolitanos. Hé aquí el pié romano; es de hueso así como otras medidas. La mayor parte de los pesós son de piedra ó de plomo; estos últimos tienen escritos de un lado: *Eme*, compra; y del otro *Habebis*, tendrás. Esto recuerda el rótulo de nuestros peluqueros franceses: *Mañana se rasura aquí por nada*; ó la de algunos particulares napolitanos: *Hoy no se fía, mañana sí*.

Pero estáis enfermo, y en vez de bebida y alimento necesitáis remedios; la botica está abierta. Una pequeña y bonita caja de drogas os presenta pastas preparadas en forma de cilindro para hacer píldoras, y píldoras ya hechas. Necesitáis que os hagan alguna operación, que os arranquen una muela ú os corten un brazo, hé aquí al cirujano. Su estuche muy voluminoso, se extiende á vuestra vista, y los unguentos con que será necesario componer el primer aparato están encerrados en elegantes cajas de bolsa juntamente con pequeños instrumentos de cirugía. Si vuestro caballo necesita una sangría allí está el artista veterinario con sus *lancetas*; puede presentaros hilas bien conservadas. La colección de los instrumentos de cirugía hallados en Pompeya, causa todavía la admiración de los hombres del arte; variedad, riqueza, elegancia, nada deja que desear.

Hace largo tiempo que viajamos y nues-

tra ropa necesira lavarse; pero queremos que sea lavada á la antigua, como se lavaba la de Augusto, de Tito, de Nónio ó de Munácio Fausto. Ya hemos visto el lavadero público, su gran caldera, sus diferentes piezas para recibir, conservar, batir y secar la ropa. Si esto no basta, un bonito fresco contemporáneo de la operación, nos la da á conocer en todos sus pormenores. El nos enseña que hombres, mujeres y niños trabajaban igualmente en la obra esencial de la economía doméstica. Unos sacan la ropa de la caldera y la ponen en prensa para exprimir el agua que contiene; al lado de éstos está la lámpara con la vinajera de aceite para poder trabajar durante la noche; otros llevan las telas á las lavanderas que las pasan á unas jarras grandes de metal. Hé aquí algunos jóvenes que aprensan los paños en conchas; algunos de sus camaradas los extienden y otros llevan el banco de legía semejante al que conocemos. Mientras riñen con las mujeres ocupadas en el mismo trabajo, la ama lavandera da un pedazo de género á una buena muchacha que lo recibe escuchando con atención las recomendaciones de su superiora.

Dejemos un momento la ciudad cuyos habitantes y cuyas artes conocemos, un paseo al campo nos será tanto más agradable cuanto que podemos hacerlo sin salir del museo. Los hermosos frutos de la Campaña no han cambiado desde la destrucción de Pompeya; se puede juzgar de ellos por los que están pintados y conservados. La manera de regar es la misma. Ved á ese jardinero que conduce su asno cargado de ánforas y cubierto con el simple arnés que podeis conocer todos los días por la mañana en la plaza del Mercado. El día en que se mata un cerdo es una fiesta de familia en el campo, y lo mismo era en tiempo de Augusto. Los Pompeyanos de otro tiempo trabajaban como los

Campanianos de hoy. Hé aquí sus instrumentos aratorios, sus pichas, sus azadones, sus bancos, sus picos, sus garfios, sus horcas, sus rastrillos, y hasta rascadera para limpiar el arado.

Los pastores son inseparables de los labradores. Este fresco de diez y ocho siglos os enseña, en sus costumbres y en sus hábitos, á los pastores de aquel bello país de Nápoles. Siguen su rebaño que se extiende hasta la verde llanura; dos pastorcillos ordeñan una cabra y uno de ellos recibe la leche en una jarra; otros la aprensan y hacen de ella la *ricota*,¹ todavía tan buscada por los Napolitanos y los Romanos, la depositan en un canasto y hé aquí en el museo los restos de estos canastos conservados cuidadosamente entre los objetos preciosos. Durante la operación, otro pastor toca la zampoña; y si este instrumento, hecho de una simple caña, no ha podido resistir al tiempo, hé aquí la cornamusa de bronce y hueso, la otra que era de pieles se ha consumido, pero podeis tocar la bonita cadenilla de bronce que sostenia el instrumento campestre al cuello del pastor. ¿Os sería agradable oír la campanilla ó el cascabel suspendido del cuello de las cabras, de las ovejas, de los bueyes ó de las vacas del siglo de Tito? tirad del cordoncito que está en el armario, poned el oído y oireis un sonido ronco ó argentino, enteramente semejante á aquel que en las mañanas os despierta cuando los pastores conducen sus vacas y sus cabras por las calles de Nápoles.

Este espectáculo nos obliga á hacer una reparación de honor al cantor de los Eglogas. Habíamos creído que los pastores de Virgilio eran seres imaginarios, cuyo tipo habia creado el poeta con trajes, costumbres, hábitos y lenguaje; no hay nada de esto ó casi nada. Virgilio, geógrafo cuan-

¹ Leche recocida.

do describe la gruta de la Sibyla y el lago Averno, es historiador cuando canta la vida pastoril.

III. *Vida privada*.—¿Qué eran en el interior del hogar doméstico esos hombres que hemos visto en los templos, en las ciudades y en los campos? ¿Cuáles eran sus costumbres, sus muebles, sus utensilios, los objetos de lujo ó de necesidad de que se servían? Es fácil satisfacer nuestra curiosidad. Y desde luego podemos tomar parte en los juegos de los niños. Hé aquí algunos grupos que se divierten; según costumbre, el uno ríe, el otro llora, aquel está mohino, éste juega tranquilamente mientras su vecino acaricia un gatito. Algunos pequeñuelos y niños juegan á la tábala, y los huesecillos no están pintados, sino que los hay en realidad; os es permitido tomarlos y jugar con ellos como hicieron hace diez y ocho siglos. Los que se servían de ellos. Lo mismo sucede con las alegres *peonzas* y los verdaderos *trompos* que tanto hicieron correr á los pequeños Pompeyanos y que han conservado el privilegio de hacer correr á muchos otros. ¿Habreis visto trotar en las avenidas del Luxemburgo el coche tirado por cabras que causa tanto gusto á muchos centenares de niños parisienses? pues bien, los niños de Pompeya lo conocían también. Las cabras han muerto, pero el coche existe; miradlo, es de bronce, de cuatro ruedas y de cuidadoso trabajo.

Pero si hay tiempo de recreo lo hay también de trabajo para los niños; veámesles en obra. ¿Necesitábais sandalias? pedídselas á ese joven zapatero que trabaja inclinado sobre su obra. ¿Necesitáis una caja? el aprendiz de carpintero os hace una, y así en otros oficios. No es esto todo: los niños de todos los países tienen una inclinación muy conocida á imitar todo cuanto ven hacer, muchas veces tienen un atractivo particular en representar

las ceremonias de la religión. ¡Cosa notable! los niños de Pompeya tenían el mismo gusto: tan cierto así es que el hombre es naturalmente religioso. Hé aquí tres de ellos que están ocupados en ofrecer una libación alrededor de un monumento; otros celebran un sacrificio: y podeis tocar con vuestras manos los pequeños cuchillos y las peñas páteras, las jarras y demás objetos destinados á la inmolation de la su- puesta víctima.

De los niños pasemos á las personas grandes; no hablo de las caricaturas ya conocidas de los antiguos, que cubren los frescos de las diferentes piezas; examinemos solamente muebles y utensilios del ajuar. En la bodega están las numerosas hileras de ánforas, de color gris, largas, de cuello estrecho, simples ó con dos asas; la mayor parte de tierra cocida, están barnizadas; aquellas contienen aceite, éstas vino y otros licores. En esta jarra perforada con pequeños agujeros y llamada *Glirarium*, se conserva vivo el liron; cuando se quiere, se le frie y se come. Esta otra jarra llena, contiene trigo, haba, cebada; podeis tomar de ella y si quereis sembrar. Hé aquí los morteros con sus manos, las escudillas con sus cubiertas, las salseras, los vasos de madera con esta comprometadora inscripcion: *Bibe, amice, de meo*; «Bebe amigo de lo que contengo.» Entre estos vasos los hay pulidos y de diversos colores; otros con una asa, y muchos tienen dos. Las pequeñas tazas azules que veis no han servido todavía; iban á servir en los momentos de la erupcion; porque fueron halladas cuidadosamente puestas unas dentro de otras, rodeadas cada una con una ligera capa de paja, segun el método todavía empleado por nuestros comerciantes de vasos y de loza.

En nuestro siglo de las luces, se han dado no sé cuántos diplomas de invencion por los hornos económicos; es curioso ver

la antigüedad de este moderno descubrimiento. Hé aquí un horno exactamente semejante á los que conocemos, en el cual se mandaban cocer, hervir, asar muchas cosas á la vez; sino que es de bronce y los nuestros son de fierro colado; ¡progreso! A derecha é izquierda brillan las marmitas y las cacerolas, la mayor parte plateadas en el interior; los moldes para la pastelería, las coladeras, las cubetas, y hasta las tenazas para tomar la lumbre. ¿Quereis saber á quién pertenecia la hermosa jarra colocada en aquella consola? la inscripcion os dice que fué propiedad de la Sra. Camelia Schelidoni: *Camela Schelidoni*. Siento no poder enseñaros más objetos de esta dama pompeyana, cuyo buen gusto es incontestable. La gran vasija que está á un lado de la jarra merece una atencion particular. La llave colocada á un lado, muy encima del fondo, da la ventaja de tener, ya agua hirviendo, ya un cocimiento de flores ó de plantas depositadas en la parte de la vasija inferior á la llave. Mirad todavía aquel calentador; es cuadrangular, el contorno representa las murallas de una ciudad con sus torres y sus troneras; todo este recinto está hueco y contiene agua, que una vez en ebullicion sale cuando se quiere por una llave colocada á un lado. Las torres tienen una cubierta que se abre cuando se necesita vapor de la agua hirviendo, para moderar el aire demasiado enrarecido por el fuego.

De la cocina es natural entrar al *Triclinium* ó comedor. La mesa está puesta y cubierta con setenta y dos piezas de plata labrada; los platos, las soperas, las charolas, las cucharas y los cubiertos son muy semejantes á los que usamos, solo los tenedores tienen la punta recta, y los vasos de grandes dimensiones están provistos de dos asas, lo cual pareceria probar que los antiguos bebían grandes cantidades y bebían á dos manos. ¿Pero los alimentos?

Hé aquí harina, levadura envuelta en la servilleta cuya marca es todavía visible, pan con el nombre del panadero: *Eris. q. Cran. Re. Ser*; rosquillas y galletas, trigo, cebada, maíz, arroz, salvado, trufas, cañamones, habas, lentejas, algarrobas, almendras, castañas, nueces, hongos, dátiles, higos, aceite en una vasija que se liquida todavía con el calor, carne en una caserola de plata, en fin, huevos frescos. . . . de dos mil años. Todos estos objetos de un uso diario, están allí tales como fueron hallados, la mayor parte en las mismas vasijas de tierra, de bronce ó de plata en donde los habian depositado hace tantos siglos los desgraciados habitantes de Herculano y de Pompeya.

En cuanto á los objetos de lujo, el número es inmenso; igualmente, si no exceden por la riqueza de la materia y la belleza del trabajo, á lo que hemos visto más perfecto. La vanidad es antigua en el mundo femenino y las damas de Pompeya parecen haberse sacrificado á ella ampliamente. Brazaletes de oro en forma de serpientes, para la parte alta del brazo y para las muñecas, collares igualmente de oro con piedras preciosas, camafeos de un valor inestimable, adornos de todo género, tales son los brillantes testimonios de esa enfermedad tantas veces secular. En este rico almacén de novedades, encontramos elegantes visitadoras que se extasiaban, que hacían exclamaciones de admiracion y que devoradas por el deseo de tener brazaletes ó collares á la Pompeyana, preguntaban: ¿cuánto costará esto? ¿cuán bello es! ¿qué trabajo tan exquisito!

Dejando en sus gozes á aquellas dignas hijas de sus abuelos, quisimos recorrer, ántes de dejar el museo, el círculo entero de la vida humana, nos quedaba por ver la muerte y las ceremonias que la acompañaban. Hé aquí el fúnebre cortejo, con las plañideras obligadas y las imágenes de

los antepasados, van seguidas del *Silicernium* y de la urna que contiene las cenizas del difunto. Los bajos relieves del mausoleo repiten las acciones del muerto; más lejos está el *Triclinium* funerario, en el cual una multitud de Pompeyanos, recostados en lechos, participan de la comida consagrada á la memoria de aquellos á quienes han perdido. Para que este espectáculo sea una simple representacion mirad aquellos muertos de diez y ocho siglos. . . . Momias medio descubiertas, pero acostadas en su tumba, y aquellos esqueletos, negros como el carbon, conservan todavía una parte de sus cabellos.

Nuestro viaje, comenzado en las ruinas de Baja, continuado en los edificios de Pompeya, completado en las galerías del museo Borbon, en medio de la antigüedad pagana, habia concluido. ¿Qué impresion nos queda de él? A vista de aquellas casas, de aquellos muebles, de aquellas costumbres semejantes á las nuestras, aunque dos siglos mayores, se dice cada cual: Nada hay de nuevo bajo el sol; lo que es, es lo que fué y lo que será. Encerrado en un círculo cuyos límites no le es dado pasar, el hombre avanza y retrocede sucesivamente. En cuanto á artes y construcciones de lujo, los antiguos son todavía nuestros rivales y frecuentemente nuestros maestros. Lo que sabia ayer lo olvida hoy: mañana lo vuelve á encontrar, creyendo haberlo inventado y cauta su progreso. Para igualarles nos faltan dos cosas: la riqueza y la esclavitud. Pero bajo el velo brillante de una civilizacion material, elevada hasta los últimos límites, la vista percibe una sociedad devorada por el egoismo, gástada en desórdenes y repugnante por sus crímenes, cuyo solo recuerdo hace palidecer. Las pruebas palpables de esta increíble degradacion están allí y parecen haber sido conservadas, no solo para justificar á los autores paganos y á los Padres de la Igle

sia que trazaron el cuadro de las costumbres romanas, sino tambien para enseñar al viajero espantado, que no han dicho, ni han podido decirlo todo. En presencia de estos irrecusables testigos, el cristiano bendice con toda la efusion de su corazon al Dios cuya infinita misericordia ha renovado la faz de la tierra, y añade adorando su temible justicia: Si las artes, la religion, los espectáculos, las costumbres generales son la expresion de una época, de un pueblo y de una ciudad, Herculano y Pompeya merecian el horrible castigo que las anonadó.

24 DE FEBRERO.

El Vesubio.—Resina.—La Crinita.—Recuerdo de Spartaco y de Plinio.—Llegada á la cima del Vesubio.—Descenso al cráter.—Fertilidad de los terrenos volcánicos.—Herculano.—Portici.—El Corricolo.

Para completar la útil leccion que dan Herculano y Pompeya, nos quedaba por visitar el Vesubio, temible agente de la justicia de Dios, que destruyó á causa de sus iniquidades, y que conserva para instruccion de las razas futuras, á las ciudades culpables. Salimos á buena hora por el camino de fierro de Castellamare, y en veinte minutos estuvimos en Resina, pequeña aldea desde la cual se sube al Vesubio; se dirige uno para tener guías á los hermanos *salvatori*. Esta familia, cuyo solo nombre inspira confianza, goza de padres á hijos el privilegio de acompañar á los viajeros á la visita de la terrible montaña; ella lo divide con otras siete familias á quienes se hace aprender gratuitamente la lengua francesa. Ajustadas las condiciones, tomamos un frugal almuerzo durante el cual se prepararon los asnos y las mulas que debian servirnos de cabalgadura; cada uno de nosotros compró el baston

de rigor y la caravana partió. A su cabeza marchaba el guía, en el centro y á la retaguardia venia un grupo de quince á veinte lazzaroni de diferentes estaturas. Unos conducian nuestras cabalgaduras por la brida, otros las tenian por el cabestro y venian á cuidarlas al pié del Vesubio: aquellos llevaban canastas de naranjas y algunas botellas de *lacryma Christi*. Muchos adoradores del *farniente* nos seguian sin otra funcion conocida que divertir á nuestras excelencias con sus pantomimas y sus graciosas ocurrencias, pero en realidad trataban de probarnos á cada momento por indicaciones artísticas, históricas, mineralógicas, la grande utilidad de su presencia y la obligacion sagrada de reconocer sus importantes servicios con algunas monedas.

A una media legua de Resina, se deja la bella vegetacion, los plantíos de viñas, de olivos, las blancas vilas, con sus cercados de naranjos. La pendiente se hace más rápida; y un camino pedregoso, difícil, serpenteando entre enormes capas de lava, conduce á una soledad espantosa. Allí comienza una naturaleza triste y muerta á la cual la vista de pequeños pedazos de terreno escarpado, á la destruccion, añade más tristeza todavía. Bien pronto se llega á las capas de lava negras, calcinadas, vitrificadas que cubre la base del Vesubio, cuyo cono negrozco, semejante á la chimenea de una inmensa máquina de vapor, se lanza á los aires á una altura de 1,300 piés sobre el nivel del mar. Sin embargo, en medio de aquel desierto se encuentra un oasis; este es la *Ermita*, llamada tambien *hotel de los Tres Olmos*. La Ermita es una casita en la cual reside un sacerdote con muchos carabineros. El padre Tomás á quien estábamos recomendados por uno de nuestros amigos, estaba por desgracia ausente, y los honores del lugar nos fueron hechos por un criado inteligente aunque

un poco charlatan. Desde la azotea el golpe de vista es encantador, es el panorama napolitano tomado desde el punto de vista opuesto á los Camaldulenses.

Ademas, dos recuerdos trágicos vienen á llenar con su sombra el cuadro. Hacia el año de Roma 680, un esclavo nacido en la Trácia, estaba encerrado en Cápua con tres ó cuatro mil desgraciados destinados como él á los sangrientos juegos del Anfiteatro. Una noche forza su prision, gana el campo y se ve bien pronto á la cabeza de una pequeña tropa de esclavos fugitivos; de montaña en montaña llega á la vertiente del Vesubio. Eleno de audacia y de valor, dotado de una fuerza de alma que los malos tratamientos de la servidumbre han duplicado, Espartaco dirige á sus compañeros las enérgicas palabras que la historia ha recogido y que parecen todavía repetir los ecos del volcan: "Desechos del mundo, sin nombre, sin patria, sin familia, condenados á recrear á nuestros señores con espectáculos bárbaros ó á alimentar su molicie á precio de nuestros sudores; tratados por ellos como viles animales, el látigo sangriento, el fierro candente, la cruz, son el precio de nuestros servicios; hé aquí lo que somos. Dependemos de nosotros cambiar nuestra suerte; tenemos la fuerza el número y el derecho, sepamos combatir y el destino será nuestro." A estas palabras extiende las manos hácia el cielo y hácia el mar: sus compañeros las levantan sobre sus escudos, y ocho dias despues cuarenta mil esclavos, formados en batalla, baten á los pretores y á los cónsules y hacen temblar á la gran Roma; pero la hora de la libertad no habia sonado todavía para el mundo. Cinco años despues Espartaco, derrotado por Craso, venia á morir casi en el mismo lugar en que habia levantado el estandarte de la emancipacion.

Cuando desde la altura de la misma azo-

tea se llevan las miradas del lado de Stabia, se cree percibir á través de una lluvia de cenizas el fatal sudario en el cual se hizo tender Plinio el anciano, sufocado por el humo del volcan, despues de haber pedido dos vasos de agua fresca. Se cree sentir todavía el olor del azufre que anunciaba la columna de aire abrasada, luego se cree ver la llama que seguia, y muy pronto se distingue el cuerpo inanimado del gran naturalista, muerto en aquellos lugares por amor á la ciencia, como Espartaco por amor á la libertad.

Aunque poco consolador, este último recuerdo no nos impidió seguir nuestra peligrosa ascension. Es cierto que el cielo estaba en calma y el Vesubio perfectamente inofensivo. Si nada teniamos que temer del volcan, parece que sí debiamos temer á los *sgrazzatori* (bandidos). Al dejar la Ermita, nuestra pequeña tropa fué escoltada por dos carabineros de seguridad. Su Majestad Napolitana los mantiene en aquel puesto aislado para acompañar á los viajeros á quienes, sin esto, se les podria robar y hasta asesinar al pié del Vesubio sin que un oido humano oyese sus gritos de angustia. Por un estrecho sendero se baja á una profunda barranca que protege la Ermita contra las erupciones del volcan; luego se eleva uno sobre enormes capas de lava y se llega en poco tiempo á la base de la montaña. A la izquierda se levanta un cono llamado *Cono de Gotrey*, del nombre de un francés que se precipitó en él voluntariamente y cuyo cadáver vomitó el Vesubio dos dias despues. Allí es preciso echar pié á tierra; las bestias de carga no pueden ir más lejos; toca ahora á los viajeros subir armados de un baston el flanco escarpado de la montaña. Cuando llegamos á cierta altura, nos sentamos para respirar y gozar de un espectáculo que no carecia de intereses.

Aunque lo he deseado muchas veces, nunca he visto el gran desierto de Shara, ni la caravana asiática ó africana vivaqueando en medio de ardientes arenas, ni al Arabe vagabundo rodeando aquellas vastas soledades para robar al viajero extraviado. A falta de la realidad, yo tenia à la vista una representacion de ella, bastante palpable. Al pié de la montaña estacionaban, atados á unos postes con cabestros, cuarenta cabalgaduras, asnos, caballos ó mulas. Treinta lazzorini, viva imágen de los negros, domésticos obligados de la caravana oriental, guardaban nuestras béstias de carga y algunos bagajes. A nuestro alrededor una soledad no ménos completa que la del desierto; á falta de una llanura de arena, teniamos á nuestros piés una llanura de cenizas y de lavas. Los Beduinos tampoco faltaban, porque es costumbre que entre los oficiosos criados de que vais acompañado se encuentre siempre algun ladron. En fin, si la caravana del desierto está protegida por soldados de larga carabina que les atraviesa la espalda, nosotros teniamos la misma ventaja.

Miéntas yo deliraba en mi vision africana, los que se habian quedado atrás se reunieron con el cuerpo de ejército y se siguió escalando la difícil montaña; el Vesubio presentaba entónces un fenómeno notable. Así como esos viejos de que hablan á menudo los moralistas, que á pesar de sus canas llevan en su pecho un corazon en que hierven las pasiones, así el viejo volcan ocultaba sus entrañas de fuego bajo una superficie cubierta de una nieve helada; ántes de las doce estábamos en el término de nuestra ascension. La cima del Vesubio forma una llanura circular de un cuarto de legua de diámetro.

De la espesa capa de cenizas calientes sobre la cual andais, se escapan de trecho en trecho ardientes respiraderos en los

cuales es imposible tener puesta la mano. Acá y acullá algunas lavas blanquizas semejantes á huesos extendidos en una hoguera funeraria, numerosos accidentes de terreno con partes calientes, color de teja, de donde sale incesantemente un aire inflamado; por todas partes la imágen de la destruccion y de la muerte; tal es el espectáculo que toca las miradas del viajero. Dimos la vuelta á la llanura sin detenernos, porque los piés nos ardia, el olor del azufre nos afectaba la garganta y el humo del cráter nos hacia llorar los ojos. Al llegar al punto del Vesubio que mira á Pompeya nos detuvimos delante de un respiradero semejante à la boca de una hornaza llena de vidrio en fusion; nos ocurrió la idea de sumergir allí nuestros bastones y siempre los retirábamos quemándose. Cartas y papeles, esquelas, todo lo que poniamos ardia al punto en nuestras manos. Ved en esto la temeridad humana. La corteza ardiente que resonaba bajo nuestros pasos nos separaba apénas algunos piés de un abismo de fuego. ¿Qué era necesario para entreabrir aquella frágil corteza y sepultarnos en ella? un ligero sacudimiento de la tierra, un poco de aire comprimido; ¡y nosotros ni pensábamos en ello!

En el centro de la llanura se abre el cráter; este es un abismo cortado en forma de imbudo que puede tener 200 piés de profundidad y otros tantos de anchura. Las paredes abiertas, cubiertas de cenizas, de azufre y de cinábrio, presentan un aspecto que cansa la vista y aterroriza el alma. La visita al Vesubio no seria completa si no se bajara al fondo del cráter. Consultamos al guía sobre esto y opuso algunas dificultades á nuestros deseos; sin embargo, nos aseguró que estando el tiempo en calma nada teniamos que temer, y siguiendo sus pasos, empezamos la aventurada excursion. Apoyados en nuestros lar-

gos bastones, bajamos en zigzag por el flanco meridional del abismo ardiente y despues de diez minutos de una marcha penosa, estuvimos á algunos pasos de la *chimenea*. En el centro del abismo está una ancha abertura de la cual se levanta noche y dia una vasta columna de humo blanquizo saturado de cloro y de azufre. En el seno de la tierra se oye como el ruido intermitente de un gran soplete de fragua ó el juego perfectamente isócrono de una bomba de doble émbolo. A cada golpe de émbolo se lanza el humo en borbotones de 15 á 20 piés de elevacion. Las materias ígneas vomitadas por el cráter se enfrían al contacto de la atmósfera y vuelven á caer á sus orillas; luego al acumularse forman alrededor del orificio un cono elevado algunos metros, al cual se le llama *chimenea*.

Hacia tiempo que contemplábamos con una curiosidad mezclada de terror aquel respiradero del infierno cuando un golpe de viento llevó sobre nosotros la columna de humo. Uno de nuestros compañeros se cree sufocado; cae, sus miembros se entiesan, sus ojos se inyectan de sangre, la respiracion no puede ser más penosa. Todos se apresuran á levantarle, á alejarle y á llevarle al flanco del cráter; bien pronto recobra el sentido, pero el temor de un nuevo accidente nos obliga á dejar prontamente aquel lugar. Además, habiamos visto todo lo que se puede ver. Penetrado de un doble sentimiento de gratitud y espanto, volvimos al plano y dejándonos resbalar por un abismo de lava cubierta de un pié de ceniza, llegamos abajo del Vesubio sin accidente en nuestras personas, pero con un irreparable perjuicio en nuestros calzados. Quemados y desgarrados como estaban no hubieran podido conducirnos decentemente á Nápoles, si hubiéramos tenido que hacer el camino á pié. Felizmente nuestras fieles cabalgaduras

nos esperaban en la basa de la montaña; con ellas volvimos á pasar á la Ermita en donde quedaron nuestros carabineros, y dos horas despues ya estábamos de vuelta en Resina.

A pesar del justo espanto que inspira el Vesubio, á pesar de las desolaciones que ha hecho tantos siglos, no puede uno dejar, al visitarlo, de rendir homenaje á sus beneficios. La ceniza con que inunda los costados y llanuras vecinas es de tal modo fértil que la poblacion se eleva á cinco mil almas por legua cuadrada en el radio que riega. Además de la vista que es deliciosa, allí tiene buen éxito toda especie de cultivo y crecen árboles de todo género. Los trigos dan ocho y diez por uno, y segun la costumbre de los Romanos, la tierra labrada sin retardo para recibir semillas de otra especie. Los árboles guardan la viña y dan frutos; se recogen las hojas en otoño para alimentar á las béstias durante el invierno; entre las hileras de olmos crecen melones, que se venden ántes de sembrar el trigo. Despues de la cosecha del trigo, se vuelve la azada al rastrojo, para sembrar allí habas ó trébol. Durante seis meses van los niños todas las mañanas á cortar con una hoz una carga para alimentar á las vacas. En la primavera se planta el maíz sobre el rastrojo de las habas ó de las legumbres; se abonan entónces las tierras y este es un dia de fiesta en los campos. Apénas se acaba aquella cosecha cuando se vuelve á mover la tierra para sembrar trigo, y despues del trigo legumbres de diferentes especies. Así, las tierras producen en abundancia vino y frutos, granos y legumbres para el hombre; hojas y yerbas para los animales. A pesar de esto el colono es pobre en general, sobre todo cuando hay una mala cosecha.

La miseria es por todas partes en el campo compañera de la fecundidad del